

Aroma de rosas

SILVIA PRATT

Parecía una noche como cualquier otra. Laura reposaba en su cuarto y, sin lugar a dudas, estaba inmersa en la evanescencia habitual de una de sus pesadillas. Sin embargo, era obvio que esa noche el temor se agudizaba, pues ansiosa se movía en la cama, una sudorosa agitación trasminaba su piel; creyó que emitía un punzante grito aunque, al incorporarse, se dio cuenta de que la sequedad y el dolor aprisionaban su garganta, lo cual le impedía emitir algún sonido. Sus manos ateridas aún temblaban. Trató de encender la luz, pero tiró la lámpara del buró, así que la recámara quedó bañada sólo por la luminosidad que provenía de la terraza y se filtraba de manera furtiva por la ventana; antes de dormirse, no había corrido las cortinas para contemplar la luna llena. Esa costumbre venía de tiempo atrás, de hecho, siempre marcaba en su agenda la fecha del plenilunio; cuando era pequeña, le fascinaba observar las hojas del calendario de pared donde aprendió a descifrar los incomprensibles rostros lunares. Trató de sobreponerse. La sarcástica fosforescencia de las manecillas apuntaba las tres de la madrugada.

Con gran esfuerzo se recargó en dos cojines, sentía una pesadez soporífera en el cuerpo. Su mirada recorrió la habitación y percibió una fútil neblina en el ambiente, la misma que siempre advertía en sus sueños: una especie de cortina espesa que envolvía a las personas y los objetos haciéndolos difusos, creando espectrales visiones. Se frotó los ojos varias veces, pensando que no veía bien por haber despertado de forma tan súbita, pero el vaho grisáceo se hacía cada vez más denso; percibió también un fuerte olor a rosas sin tener idea de dónde emanaba. Tenía la sensa-

ción de que todo a su alrededor le era ajeno y de que ella misma era una extraña en aquella habitación.

El departamento donde Laura vivía era moderno y funcional, pero ella no lo sentía del todo acogedor, salvo por algunos muebles y adornos que habían pertenecido a la familia de su madre y que, de alguna manera, formaban un eslabón con un pasado que añoraba y era imposible olvidar porque aparecía, de manera recurrente, en sus sueños. En aquel cúmulo de recuerdos crepusculares, su antiguo hogar tenía un sitio privilegiado, pues ahí vivió unos veinte años y, según ella, pasó su mejor época, al lado de sus padres y de su hermano Ernesto. Laura quería mucho a su madre y su relación con ella era excelente; Elena era una mujer madura, afectuosa y comprensiva, que siempre apoyaba a su hija e intercedía por ella en momentos de conflicto. El padre de Laura era hosco, impositivo, frío; el distanciamiento entre ambos se ensanchaba cada vez más, como el tronco de la jacaranda que habían plantado en el jardín hacía dos lustros. Su hermano menor tenía un carácter virtuoso, con un perceptible sentido del humor; además de la relación fraternal, manifestaban entre ambos un gran compañerismo.

Laura tenía dieciséis años cuando su madre murió en un accidente. Después de esa intempestiva pérdida, hilillos de nostalgia se fueron infiltrando poco a poco en su vida cotidiana, opacándola; la tristeza se exacerbaba, sobre todo, en los días de lluvia. Entonces la casa se convirtió en su único refugio. Pasaba horas huecas tocando el piano o recorriendo rincones que le revivían escenas, anécdotas indelebles como regar el jardín todas las tardes contemplando el crepúsculo: el recuerdo de su madre, siempre vivo, siempre ahí. Sus huellas por todas partes. Sabía que seguiría presente, no sólo por el retrato colocado al final de la escalera, sino a través de las evocaciones. Las pertenencias de su mamá permanecieron intactas varios meses: los cajones con objetos personales, el clóset con su ropa, los libros favoritos en el fiel librero de encino, los cuadros de

la recámara. Su padre no había querido mover nada. Durante cuatro años, los tres siguieron viviendo en aquel sitio.

En los últimos días, el padre se mostraba nervioso; invitó a los dos hermanos a cenar y aprovechó el momento para comunicarles que había decidido volver a casarse; ante esa situación, Ernesto le dijo que para no interferir en su vida, aceptaría la beca de estudios que le ofrecían en el extranjero, pero debía irse en un mes. Por su parte, Laura le expresó su deseo de quedarse viviendo sola en la casa, ya que él se iría a la de su nueva esposa. Su padre se opuso rotundamente argumentando que esa propiedad era demasiado grande para ella y lo mejor sería venderla lo más pronto posible; Laura sugirió que hicieran todo con calma, pero él se negó. Así que le pidió que, por lo menos, la dejara llevarse algunos muebles, ciertos objetos, como las máscaras que adornaban las paredes de la sala y, además, el rosal que cubría una gran parte de la ventana del comedor. Su padre asintió. Los trámites de la compraventa se hicieron más rápido de lo que Laura se había imaginado y, sin que pudiera asimilar todo lo que le estaba sucediendo, llegó la fecha en que tuvo que mudarse.

Apenas hubo tiempo para meditar sobre su nueva situación. En unas cuantas semanas, se iría adueñando de su espacio, pensaba ingenuamente. Sin embargo, no fue así. Como en un caleidoscopio, se le mostraban diversas imágenes de su antigua casa, en las que, por supuesto, aparecía su madre cuya muerte no lograba superar. Extrañaba todo. Sentía crecer en su pecho una especie de enredadera que la enlazaba con el pasado. Fue así como se empezó a tejer la aguda pesadilla de su vida, sus sueños trastocados, su candente obsesión.

En un principio, ocasionalmente se visualizaba en su vieja recámara, recorriendo los pasillos o regando aquel rosal que, por cierto, con las prisas había olvidado llevarse el día de la mudanza. Despertaba contenta porque de alguna manera un hilo invisible la mantenía unida a sus evocaciones. Pensó que era natural que aquello le sucediera por-

que el cambio era muy reciente y había sido muy radical; tenía que vivir un período de adaptación, aunque se percataba de que cada día le hacía más falta la figura materna. Después, la ensoñación se repetía con más frecuencia y se veía a sí misma en aquel entorno imperecedero. En ocasiones, se levantaba aturdida porque ciertos hechos de su vida actual se entremezclaban con otros acaecidos en aquel escenario. Poco a poco, lo grato de la irrealdad fue cobrando un matiz aterrador; el ambiente incierto revelaba agitación insaciable; las visiones se desarrollaban en un entorno de nostálgica frialdad, de tristeza salitrosa. Al amanecer, Laura se sentía cansada, le quedaba por varias horas una impresión de rancia soledad. Al transcurrir la mañana, esa emoción se iba diluyendo como bruma en lejanía y, por momentos, llegaba a olvidarla pero, al anochecer, empezaba a abrasarla el temor de caer en otro de esos acechantes delirios.

Con inquietud advirtió que su condición empeoraba. A veces, prefería quedarse despierta hasta muy tarde aguardando a que el cansancio la venciera; otras, provocaba el insomnio con varias tazas de café. El médico le sugirió tomar algún relajante antes de acostarse, además de que probó un té que una amiga le recomendó para “bien dormir”, incluso se llegó a dar baños de tina con hojas de lechuga. Nada surtía efecto. Se hundía en un círculo pantanoso: en las noches dormía poco y mal, no comía bien por estar pensando en sus sueños incisivos y las tardes eran como la agonía crepuscular en las que, de rutina, se preguntaba ¿qué pasará esta noche?

Como era lógico, Laura empezó a desmejorarse. Una de las pocas veces que se reunió con su padre, él le dijo que su semblante estaba muy pálido; ella le contestó que pronto estaría bien, que era algo sin importancia. Si él se imaginara por lo que estaba pasando, lo mucho que sufriría; pero no, no le comentaría nada. Si entre ambos jamás se gestó la confianza y siempre habían tenido dificultades, ahora menos que nunca podría establecerse una buena relación y mucho menos con una confianza de esa índole.

le. Jamás le hablaría de sus tempestuosas madrugadas, jamás le perdonaría haberla arrancado de sus raíces, haberla hecho abandonar su casa, espacio en el que dejó una parte de sí misma. Laura se preguntó infinidad de veces el porqué de esos sueños repetitivos, de esas pesadillas que la atormentaban. Todo era muy claro: la venta del inmueble, la boda de su padre, el viaje de su hermano, una serie de vicisitudes que le impidieron recorrer la casa, como solía hacerlo, por última vez, para “despedirse” de cada uno de sus resquicios. Así que sólo había un modo de saldar esa deuda: tendría que ir a visitar el lugar con algún pretexto.

Esa idea se le fue convirtiendo en una obsesión. Debía lograr su objetivo, sería como dar en el blanco, ver una luz en aquel ciego laberinto. Pero ¿qué haría al llegar ahí?, ¿quién le abriría la puerta?, ¿qué subterfugio inventaría para justificar su presencia? Tal vez le darían con la puerta en la nariz, o quizás la viejita regordeta que abriera la reja le diría que entrara y le ofrecería una taza de café. “Simples conjeturas, estoy desvariando”, balbuceó. No podía ni debía ir sola, lo mejor sería planear bien las cosas y actuar con cordura. Le pediría de favor a Fernando, su mejor amigo y a quien conocía desde la infancia, que la acompañara. Él estaba enterado del problema que Laura estaba viviendo; jamás la tildaría de loca y la ayudaría. Lo llamó por teléfono para verse esa tarde y le anticipó que tenía una idea para esfumar esa sombra que la acosaba. Se reunieron en la cafetería que frecuentaban y abordaron el tema sin preámbulos. Laura le pidió que al día siguiente fueran juntos al lugar. Fernando, un poco aturdido, le contestó que si nunca había creído en las coincidencias, ahora comprobaba que sí existían. Precisamente, la víspera había pasado por la calle donde había vivido Laura y le llamó la atención ver el letrero de “SE RENTA” justo ahí, en la antigua y casi legendaria casona. Ya no necesitarían argumentar ninguna excusa, entrarían y la recorrerían a su antojo como cualquier cliente.

Cuando Laura regresó a su departamento, estaba emocionada y tenía sentimientos encontrados. Todo se solucionaría fácilmente. Por un lado, tenía la esperanza de terminar con la cegadora obcecación que la envolvía, pero por otro, tenía una especie de presentimiento que le oprimía el pecho y la dejaba sin fuerzas. Al día siguiente, al recorrer la casa se reencontraría con sus recuerdos de infancia, caminaría por el jardín, quizás hasta podría regar algunas flores, como solía hacerlo con su madre. El correr de las manecillas aceleraba su inquietud y su curiosidad. ¿Qué haría al traspasar la reja? ¿Acabaría al fin con aquel desasosiego? Su respiración era agitada y, para tranquilizarse un poco, estuvo un buen rato contemplando la líquida luz de la luna hasta que se quedó dormida.

Esa noche, la que parecía ser como cualquier otra, se vio a sí misma, vestida de blanco, parada frente a la reja de su añejo y añorado hogar. A través de los barrotes observó el pequeño jardín, que remataba con la puerta principal. El verdor del pasto y el recalcitrante aroma de rosas llamaron su atención. Todo se desplegaba ante sus ojos con lacerante nitidez. Sus sentidos percibían como nunca los objetos. Los brazos morados de la jacaranda se inclinaban hacia ella al tiempo que los pétalos caían sobre el pasto como despidiéndose. Finalmente estaba en casa. Advirtió el portón entreabierto y alcanzó a vislumbrar que había mucha gente adentro, incluso logró distinguir, un tanto difuminados, los rostros de su padre y de su hermano; un poco más distante, también el de su amigo Fernando. Unas figuras con trajes oscuros resguardaban la entrada. Con familiaridad se acercaron a recibirla. En forma de reclamo una voz la saludó: “Al fin llegas, sólo tú faltabas. ¿Sabes a quién velamos esta noche?”. Laura sintió que un sopor inaudito se apoderaba de ella a la vez que sus labios sentenciaban nebulosamente: “Lo sé, por eso estoy aquí”, mientras una rigida tristeza la envolvía. ■